

GRECIA: LA TIERRA INCOMPARABLE

ENTRE Buenos Aires y Grecia hay 2.500 años. Pero esa distancia se franquea en un día saboreando sobre las nubes delicias gastronómicas, mientras se escucha música funcional o se mira una película de Jerry Lewis que apacigua la ansiedad. Desde luego el espíritu no se serena fácilmente y arde en secreto en tanto el Boeing 707 vuela por algún rincón de la noche o se espera en las escalas de Madrid y Roma entre japoneses, norteamericanos, hindúes, africanos y demás representantes de esa fauna peculiar que habita los aeropuertos.

Sólo cuando ya se viaja de Roma a Atenas y se está en el deseado camino la tensión afloja. Aunque es de noche, algo nos dice exactamente cuándo volamos sobre Grecia. La pasajera que viaja a nuestro lado es griega; y cuando cambiamos con ella las primeras palabras en nuestro griego arduamente aprendido no nos cabe duda dónde estamos. Allí abajo están "el mar, la dulzura otoñal, las islas bañadas de luz, la inmortal desnudez de Grecia" de que habla Kazantzakis. En esa oscuridad laten las nobles piedras que vamos a reverenciar y que como el avión llega a Atenas de noche todavía permanecerán ocultas un poco más.

En vano trato de desubrirlas mien-

tras el ómnibus se dirige desde el Helenikón al centro de Atenas, a unos diez minutos. Ni siquiera la plaza Syntagma, donde está la terminal, ofrece huella alguna del mundo que buscamos. Se lo presiente cerca a pesar de los letreros luminosos, los altos edificios y los numerosos automóviles de la Atenas cosmopolita que nos recibe. Sin embargo seguirá en la sombra, esperándonos, vibrando en el sueño al que no tardamos en ingresar tras un baño reparador en nuestro "xenodjío" (hotel) de la calle Marnis, a unos pasos de plaza Omonia, otro de los centros nerviosos de la ciudad.

Al día siguiente la mañana entra a raudales por las grandes ventanas y reaviva la expectación. Desde nuestra habitación del quinto piso sólo se ve un paisaje urbano, burocrático. Ensayamos en el bar un tímido "kalimera" (buenos días) y nos aventuramos para pedir el desayuno por los vericuetos de un idioma que cuando tiene por excepción algún vocablo afin (café, mermelada), devuelve el ánimo. En seguida un taxi: a la Acrópolis.

Atenas es una ciudad moderna, limpia, armoniosa. Su edificación no pasa de siete u ocho pisos; el tránsito es intenso; las calles anchas, pobladas de comercios y confiterías con sillas en

la vereda siempre llenas de parroquianos. De pronto, al extremo de la avenida 28 de Octubre por donde marchamos, esfumado por la distancia, aparece el Partenón. El corazón da un vuelco; pero el coche deriva por otra calle y la imagen desaparece. Poco después bordeamos el teatro de Herodes Aticus, al pie de la Acrópolis. Arriba, en la roca, reverberan los Propíleos, el templo de la Victoria Aptaera, el Partenón.

Subimos la cuesta bordeada de olivos y laureles. Y por sólo 15 dracmas (medio dólar) que vale la entrada estamos por fin en el siglo V antes de Cristo. Aquí, nos recuerdan los guardias, hay gente que al llegar se arrodilla y besa el suelo. Charles Maurras, que estuvo en 1891, besó una columna de los Propíleos. Nosotros nos limitamos, por pudor, a sentarnos junto a la muralla para mirar el Partenón, lentamente, disfrutándolo. La luz se derrama sobre el mármol como una pátina de oro. No parece existir otra cosa a su alrededor. Hasta podría aventurarse que debió estar solo en la ciudadela. Después de contemplarlo, todo parece desproporcionado, imperfecto, grosero. El célebre pórtico de las Cariátides, que está enfrente, parece sofisticado y el templo de la Victoria exageradamente elegante. El Partenón, en cambio, posee una grandeza desnuda, serena. No abrumba al observador, no lo enfrenta con su propia pequeñez: alumbrá, por el contrario, su real dimensión humana. No en vano se albergaba en su interior Palas Atenas, nacida del cerebro de Zeus.

El templo tiene 69 metros de largo por 30 de ancho y todas sus medidas siguen la proporción $4=8+1$. Las líneas rectas, como se sabe, han sido corregidas —por ejemplo las columnas externas están inclinadas siete centímetros hacia el interior y las horizontales

ligeramente curvas hacia el centro— sabiduría matemática que le ha dado el milagroso equilibrio que exhibe. Equilibrio que nace del mismo paisaje de Grecia donde, como observó Taine, nada es enorme sino moderado, perceptible, sin dimensiones abrumadoras. Aquí, por eso, se hizo carne la máxima “nada con exceso”. Por eso también bajo este cielo “la concepción de la existencia se aclara, la conciencia se hace menos exigente, la necesidad de gozar aumenta”. No podía ser de otro modo en este pueblo que eligió por Dios a ese Zorba de la mitología que fue Zeus, capaz de convertirse en cisne o en lluvia de oro para seducir a una mujer o de hacerse dar un hachazo en la en la cabeza para parir a Atenea.

* *

Una mano sarmentosa entra en el Egeo azul. Es la región del Peloponeso. Allí vamos un día a buscar los fantasmas homéricos. Se sale de Atenas a la mañana y después de bordear una hora el mar y dejar atrás Salamina y otros sitios evocativos como Eleusis, Dafni y Megara, se llega al espectacular estrecho de Corinto. Del otro lado se extiende la “Argólida sedienta”, la patria de Agamenón y Menelao, los vencedores de Troya. El paisaje se hace árido; suaves ondulaciones montañosas enmarcan la ocre llanura cuya desnudez acentúa el otoño. El mar parece un recuerdo y la serenidad del Atica es sustituida por un tenso dramatismo.

No es fácil olvidar que nos dirigimos a Micenas. La misma soledad circundante, la falta de poblaciones o algún otro punto de referencia moderno, ayudan a situarse en otro tiempo. Yo había visto en el Museo Arqueológico de Atenas la máscara de oro llamada de Agamenón y a cada paso parecía que iba a reencontrarla en la desolada

Carné de viaje

extensión, entre legiones de “luciente bronce” andando hacia las “negras naves” rumbo a Troya.

Aparece la Acrópolis de Argos. Luego, una calle bordeada de eucaliptos plantados por Schlieman en los días que excavaba Micenas. El sombreado camino desemboca en un caserío con hoteles de sugestivos nombres: Orestes, Clitemnestra, “La bella Helena de Menelao”. “En la calle de Micenas arbolada / de eucaliptos puedes encontrar queso / de oveja y resinoso vino ‘A la bella Helena de Menelao’, una hostería / que desvía el pensamiento de la sangre / de los Atridas”, escribió el poeta Salvatore Quasimodo. Otro premio Nobel, Jorge Seferis, también menciona en uno de sus poemas esa hostería, suerte de propaganda que seguramente pocos negocios del ramo habrán conocido: “En Micenas he levantado las grandes piedras y los tesoros de los Atridas. / Dormí al lado de ellos en el hotel ‘La bella Helena de Menelao’ / y sólo desaparecieron al alba, cuando cantó Casandra”.

Pero la fresca sombra y la mitología publicitaria del pueblo no tarda en ser nuevamente desplazada por la aspereza del terreno que cobra toda su fuerza cuando en un recodo surge la increíble fortaleza. Desde la ruta sólo se distingue el cinturón pétreo de la muralla; algunos nubarrones siniestros pasan pesadamente sobre las montañas vecinas; el silencio nace del contorno rocoso. Y finalmente la Puerta de los Leones. Por allí salieron los carros, caballos, hombres y enseres hacia la guerra de diez años en el otro extremo del “vinoso mar”. Bajo ese colosal dintel pasó Agamenón trayendo a Casandra. Sus espíritus deambulan en el interior, por las escalinatas que llevan a las que fueron habitaciones reales y en la necrópolis circular o en la colina aledaña donde está el Tesoro de los Atridas,

un recinto cónico cavado en la roca cuya puerta trapezoidal recuerda la arquitectura incaica.

La bocina del ómnibus nos llama a la realidad. Sin embargo, las sombras épicas nos seguirán el resto del día junto a las murallas de Tirinto, en las graderías de Epidauro, en la pintoresca Nauplia. Néstor arenga a su tribu. Aquiles llora en una solitaria playa la pérdida de Briseida. Helena mira el cadáver de Héctor arrastrado en torno a las murallas de Ilión. De vuelta a Atenas, al reaparecer en medio de la noche el Partenón iluminado, no nos cabe duda: aquella pasión, toda la fuerza que sigue latiendo en las ruinas de Micenas. Es la misma que floreció sobre la Acrópolis cuando la inteligencia sosegó al corazón.

* *

“Cinefiase ston Parnaso” (Nubes sobre el Parnaso) se llama una danza folklórica griega de la región del Epiro. Ese título refleja gráficamente el paisaje que tiene ante su vista el viajero a lo largo del trayecto a Delfos, el santuario de Apolo enclavado en lo alto del célebre monte. Dejamos atrás el Pentélico y más adelante Maratón y Tebas. A mitad de camino, en Libadia, hacemos alto para comer “suvlakia”. Reanudamos la marcha, emprendemos el camino de cornisa; los altos paredones ensombrecen por momentos un sector del paisaje y sólo permanece iluminada la soberbia montaña. Sin duda quienes consagraron este lugar para residencia divina sabían lo que hacían: la visión del Parnaso suscita una profunda emoción metafísica. Pareciera que allí terminara el mundo, que detrás de esas constantes nubes que lo circundan no hubiera nada más, a no ser la tierra de los dioses.

El verde valle, poblado de olivos, desciende a lo lejos hacia el mar. Arri-

ba, protegido por un hemiciclo rocoso, las Fedriadas, se alza el santuario. Iniciamos el sendero sagrado. Pasamos junto al templete dórico que conservaba el tesoro de Atenas; después el templo de Apolo y más allá el teatro. Abundan alrededor piedras y mármoles, plintos, capiteles, restos de muros de lo que fue una vez el "ombbligo del mundo". El propio Zeus soltó dos águilas con rumbo opuesto que aquí se encontraron determinando el centro de la tierra. Subimos la rampa del templo, paseamos a la sombra de las columnas

que aún quedan en pie, nos asomamos a la cavidad donde moraba la pitonisa. Aquí vino Orestes, tras matar a su madre, para purgar su culpa. Aquí los atenienses consultaron al dios cuando los persas invadieron la patria. Aquí Píndaro cantó su octava oda pítica: *Skias onar ánthropos* (El hombre es sueño de una sombra). La noche ha caído sobre la montaña. Sí, el hombre es la sombra de un sueño. Pero como también lo dijo Píndaro, "si un dios nos presta su manto, radiante aureola iluminará eternamente nuestras vidas".